



# España en su laberinto político

por Martín Higuera

En el Perú tendemos a pensar que las crisis políticas, económicas y sociales siempre ocurren en nuestra tierra. Nada más lejos de la verdad, en especial en una época en la que la pandemia de Covid-19 ha planteado en todo el planeta retos muy similares.

Como si eso no fuera suficiente, en nuestro país también nos hemos esforzado en crear una crisis política que, tal vez, no necesitábamos en este momento: la propuesta de un sector del Congreso de presentar y votar una moción de vacancia contra el presidente Martín Vizcarra. Superada esta etapa, nada nos asegura que no haya

nuevos roces entre Ejecutivo y Legislativo.

Pero fuera de nuestras fronteras, el ambiente político no deja de estar también alterado. Es el caso de EE.UU. con las próximas elecciones y también el de España, donde la pandemia —que en septiembre volvió con fuerza en una segunda

ola— solo parece ser uno de los tantos temas discutidos en fueros políticos.

En las últimas semanas, algunos miembros del Gobierno han vuelto a arremeter contra la figura del Rey. Dejando de lado la conveniencia o no de una monarquía —aunque sea parlamentaria— en pleno siglo

XXI, el hecho llama la atención al tratarse del segundo vicepresidente del Gobierno, Pablo Iglesias, y del ministro de Consumo y líder de Izquierda Unida, Alberto Garzón. Ambos asumieron sus cargos ante la figura del Rey, pero a su vez promueven un cambio de sistema político.

¿Pero, qué es una monarquía parlamentaria? Hay que recordar que en España existe un jefe de Estado —el Rey Felipe VI—, con apenas responsabilidad política, y que los españoles no votan por un presidente, sino por listas parlamentarias. El presidente del Gobierno surge por la designación de acuerdos parlamentarios, en caso de no tener mayoría absoluta, y suele ser el número 1 del partido más votado.

La llegada al frente del Ejecutivo del socialista Pedro Sánchez, tras la censura de Mariano Rajoy como presidente del Gobierno en junio de 2018, trajo muchas dificultades para

constituir un gobierno estable. Una de las razones es que hace unos años España se sacudió del bipartidismo que surgió después de la transición española, una etapa que marcó el final de la dictadura de Franco y la vuelta de España a la democracia con un primer gobierno de Adolfo Suárez, un hombre surgido del movimiento franquista, pero convertido en uno de los más entusiastas defensores de la democracia, al punto de legalizar al Partido Comunista en 1977.

Pero la España de hoy ya no es aquella de los años 80, 90 o la primera década del siglo XXI. A raíz de las protestas de los autodenominados “indignados”, llamado también el “movimiento del 15M” (la principal manifestación se realizó el 15 de mayo de 2011), una parte importante de los jóvenes españoles decidieron hacerse escuchar ante la enorme crisis económica. Ese año la tasa de desempleo juvenil en España llegó a cifras alar-

mantes: cerca del 45% frente al promedio de un 20% en el resto de Europa. En otras palabras, uno de cada dos jóvenes españoles no tenía empleo en ese momento.

Con esto, surge un partido como Podemos —hoy rebautizado como Unidas Podemos—, con una ideología claramente de izquierda, desmarcándose de un PSOE que consideraban demasiado moderado, y con simpatías hacia regímenes como el de Hugo Chávez en Venezuela. Pablo Iglesias y Juan Carlos Monedero, sus fundadores, nunca lo negaron e incluso defendieron el chavismo en varias oportunidades.

De manera paralela apareció Ciudadanos, un movimiento surgido en Cataluña, pero con un espíritu españolista y alejado de posiciones nacionalistas e independentistas catalanas. Estos dos movimientos provocaron el final del bipartidismo PP-PSOE, logrando posiciones interesantes tanto en el



Congreso como en el Senado. El más reciente es Vox, un partido de ultraderecha que se ha ido fortaleciendo.

El hecho es que, en enero de este año, y después de muchos esfuerzos y nuevas elecciones de por medio, Sánchez logró formar un gobierno en el que no solo había miembros de su partido —el Partido Socialista Obrero Español (PSOE)—, sino también representantes de Podemos y de Izquierda Unida.

No hay duda de que la pandemia ha sido para Sánchez —como para todos los gobernantes del mundo— un auténtico desafío que no ha estado exento de polémicas y de críticas por parte de la oposición y de los gobiernos regionales y locales, en especial el de Madrid, liderado por el Partido Popular.

Pero Sánchez tiene ahora otro frente, abierto por elementos de su propio gobierno. Hace apenas unas semanas, a mediados de septiembre, Iglesias —

recordemos: segundo vicepresidente del gobierno— señaló que una de las tareas de su partido debe ser “trabajar y construir alianzas para avanzar hasta el horizonte republicano” y así crear “un proyecto común (...) frente al centralismo” de la Monarquía. Según él, existe un “agotamiento del papel histórico de la Monarquía” y que la gente entiende cada vez menos “que no se pueda elegir al jefe del Estado”. Por su parte, el ministro de Consumo, Alberto Garzón, acusó al Rey de maniobrar “contra el Gobierno democráticamente elegido” y de romper su “neutralidad”.

Pese a estas críticas que no son nuevas, la Monarquía española se mantiene con un sólido Felipe VI, pero con una imagen muy deteriorada de su padre, Juan Carlos I —que reinó entre 1975 y 2014— por estar involucrado en una serie de investigaciones sobre sus finanzas. De esta manera, el ahora “Rey emérito” pasó de ser considerado como una de las figuras de la transición democrática —interviniendo incluso en contra de un intento de golpe de Estado el 23 de febrero de 1981— a ser un hombre cuestionado por parte de la clase política.

